

Biblioteca

Ahora que la tarde se derrumba
en el soliloquio de mis ojos,
cuando parece que la punta del dardo
yerra en la diana de la carne,
detengo la arena de los relojes
para respirar hondo
el aroma que desprenden
estos anaqueles.

Palabras que no traicionan
aguardando, como Lázaro en su tumba,
que la mirada del resucitador
se pose sobre ellas.
Es entonces cuando surge
el verdadero hechizo
que nos hace levitar
más allá de estos muros.

Las páginas se transforman
en las alas del Pegaso
que salvó a un tal Bukowski,
y a tantos otros,
y que me salvarán a mí
de estas cadenas de ignorancia
que me llagan los tobillos.

Palabras que no traicionan,
atemporales y eternas,
custodiadas en este templo
de dioses inmortales.

Afuera la noche canta su preludio,
pero yo estoy muy lejos:
viajo sobre una nube de letras
más allá de mí.

Gusanos de seda

Nunca hubo mariposas en mi casa. Los gusanos de seda se negaban a salir de los capullos y mi madre terminaba tirando la caja de zapatos a la basura antes de que regresáramos del colegio, porque mi hermano y yo insistíamos en que aguardara unos días más. Mis amigos presumían de sus gusanos, que completaban el ciclo vital, como pequeños magos que escondidos tras la cortina sorprenden a los espectadores con una metamorfosis maravillosa.

Aunque trataba de ocultar el hecho a mis compañeros de clase, la información se filtraba como la humedad en un muro; siempre había alguno que insistía en venir a casa para ver el progreso de los huéspedes y entonces me convertía durante días en el hazmerreír del grupo. Llegué a cosechar una fama de gafe que a veces todavía me persigue.

Descubrí, por casualidad, la razón de la tragedia cuando contaba con once años. Aquel día no fui al colegio porque tenía unas décimas de fiebre. A media mañana, y haciendo caso omiso de las órdenes recibidas, me levanté de la cama y recorrí el pasillo a hurtadillas. Me asomé a la cocina y quedé horrorizado. Mi madre tenía sobre la mesa la caja de los gusanos, que ya habían tejido sus capullos, y con un alfiler iba atravesando, una a una, las paredes de seda hasta que la punta asomaba por el otro lado. Tan absorta estaba en la labor que ni siquiera se dio cuenta de mi presencia. Volví a mi habitación espantado, pero jamás dije nada de aquello, ni siquiera a mi hermano mayor.

Tuvieron que pasar muchos años para atreverme a preguntar. Ya era una anciana y estaba hospitalizada tras una inoportuna rotura de cadera que acabó arrastrándola a la tumba. Había imaginado que su instinto asesino se debía al asco

que le producían aquellas mariposas pardas y peludas, pero su respuesta me dejó atónito.

-Nunca quise que crecierais. Me daba mucha pena cada vez que llegaba un cumpleaños, os quería a mi lado siempre niños. La maldita adolescencia se iba apoderando, poco a poco, de vuestros cuerpos y eso era algo que no podía soportar. Me hubiera gustado acabar entonces con vosotros, que murierais para guardar el recuerdo de vuestros rostros infantiles, pero sois mis hijos y no podía haceros daño. Sin embargo, con los gusanos no me temblaba el pulso.




Represión

Las buenas intenciones se estrellaron contra el escudo del policía antidisturbios. Las manos abiertas provocaron la ira y el sabor metálico de la sangre encharcó los paladares de los inocentes.

Las cosas de Medusa

Medusa es una señora muy presumida que cada día acude al salón de belleza, pero no consiente que le toquen el pelo ni que la sienten frente a un espejo.

(Del libro "Encélado")



Suerte o su ausencia

Siembre margaritas
en la piel de la ciudad
y me juego los últimos besos
en las mesas del (casi)**NO**.

(Del libro "Encélado")

La fiesta de la miseria

Una nube de neones brilla en la ciudad. También sobre los
cartones donde se cobija la miseria. Cintas de colores y
confeti para alegrar la vista a un ciego, que cualquier día
puedo ser yo.

(Del libro "Encélado")

LETRAS BREVES

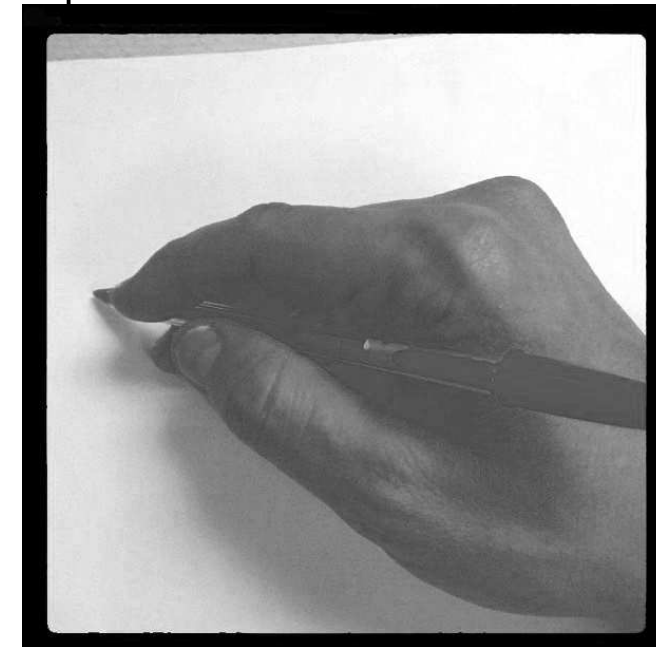
poesías y microrrelatos

Nº 17
may-ago 2015



Víctor Manuel Jiménez Andrada
www.papirowebxia.com

Apunte de anatomía 005.- Inicio



El principio de todo viaje es una página en blanco. Se
puede intuir el color de las flores, pero todo es incierto
hasta el primer punto y aparte. Caminar será más
sencillo si tenemos claro que las apariencias engañan.

-Texto de María Durán-

Las calles abortan a sus árboles.
Maldito dictador de caprichos.
La tierra no olvida.. Tú, algún día, volverás a ella.



www.letrascascabeleras.es

Víctor Manuel Jiménez Andrada. 2015
letrascascabeleras@gmail.com

Edita: A.C. Letras Cascabeleras
Depósito Legal: CC-000216-2015